



El

hombre grande y
barbudo, que estaba
destinado a tener una
intensa y
cinematográfica vida,

se encontraba
abrigado y plácido en el útero
materno un 9 de agosto de 1942.
Inexorable librito, el protagonista
apareció en escena.

Cuando se bisabuela Isolina
Argomedo cortó físicamente el cordón

que lo unía a Cristina
Cucumides, un amorotado
Miguel Ernesto llegó a
pulirán caliente y se
entró al mundo real se
confirmó. Clave en una
familia donde merodean los
ancianos que no mueren,
sino que se les olvida seguir
viviendo, o donde la
continuidad de la sangre por
via masculina es designio de
nata.

Este niño de grandes ojos
oscuros (que años después
los potenciaría en una
cámara para registrar "lo
bello y lo decisivo", como
asegura en su madurez),
desde temprano fue un
prometedor friso de su
árbol genealógico.

Un árbol con tronco
griego, de su abuelo
materno Krilos Cucumides,
y palentino, de su abuelo
paterno Miguel Urán. Con
ramas frías y crías, de
los Argomedo, matizantes
de la tierra, el sol y la lluvia.

Hombres y mujeres de
campes. De propietarios en
Palmeira, un pueblo en la
región de Colchagua, que se
confirma con tener un
camino, unas cuantas casas
y habitantes con voces
endógenas.

Antes que Miguel
cumpliera cinco años, y
cuando aún no nacían sus
hermanos Florentín y Cristina,
ya había hurgueado entre
los grandes libros del saber.
Bajo la atenta mirada de la
sastorina Chupita, aprendió a
leer, sumar, restar y
reconocerlos cara y obra a
los próceres de la historia de
Chile. Dotado con la
madurez de sus ses años lo
enviarán interno al Instituto
Regional Federico Brindley
y luego a los Hermanos
Manríquez de San Fernando.

Estos colegios le dieron
forma a su religiosidad.

—Me identifico mucho con el
Evangelio según San Mateo —dice

a la Universidad de Chile.

El ritmo que más le gustó fue la
técnica literaria del drama. A los tres
meses tenía escritos todos los
ejercicios para los exámenes de él y
sus compañeros. Su primera obra se
llamó "El Natre", un tributo a ese
breboje, amargo, sanador y
campesino.

—La facilidad de contar lo que
vale la pena de ser sabido
—confidencia— se debe al hecho de
ser diferente. Ya tenía esa cultura,
había escuchado los relatos de mis
abuelos que llegaron de Berlín Schur,
cerca de Berlín, de un tío abuelo
archimandrita de la Iglesia Ortodoxa
Griega, hermano de Krilos quien
llegó a Chile después de cruzar los
sete mares y que también había
estado en un convento. Todo eso me
llevó a escribir.

Lo hizo para el teatro, la televisión
y el cine. Pese a los múltiples premios
internacionales, niega genialidad.

—Junto inquietud y condiciones,
—señala poniendo cara de Martín—.

Un huaco amigo mío de Palmeira me
dijo "Lo que pasa, don Miguel, es que
usted es muy observativo".

Seguramente le sido eso y no
observador. Si uno tiene cosas bellas
que contar, lo debe hacer. Vengo de
una familia de fabuladores, de
viajeros, de aventureros. De los que
confundían Palmeira con Palestina,
porque en ese tiempo mi pueblo
estaba lleno de olivos. Cuando niño,
ese era el mundo que me alimentaba.
Con las que me leían el Pereda y
Julio Verne.

Se entusiasma contando lo que
siente al ver la naturaleza, una
bandada de pájaros, el que una
semilla se convierta en flor. Le basta
sentir que son los alimentos del poeta.

Feliz toma de su vaso donde se
mezclan un centímetro de whisky, diez
de agua y tres cubos de hielo.
Palmeira los cuantos humanos.

—La vida siempre pone diques
—recalca suave y serio—, a todos
podríamos expresarnos en forma
natural, estaríamos más cerca de la
felicidad. La vida no se puede
terminar en uno mismo ni tampoco
puede tener un principio en uno
mismo.

Llevar eso al cine es aprehender un
instante de verdad, guardarlo para
siempre. Eso le apasiona.

—Aunque esos momentos bellos,
esos momentos decisivos, esos
momentos decisivos —y mueve los
brazos como queriendo asirlas— ...
Me sirven más humano cuando estoy
finando. Eso es la única sensación
que tengo del éxito; cuando consigo
poner en el celuloide lo que he
soñado, o imaginado, o querido.

Eso plenitud, qué proyecto por los
ojos y se le pega a la piel, esencia del

**Perdió la inocencia
con *El Chacal de
Nahueltoro* que filmó
a los 26 años. Dos
décadas después,
reconstruye un
pedazo de historia
junto a la figura de
Sandino. Director de
cine, escritor de obras
de teatro, guiones y
una novela,
"necesitaría vivir 400
años para hacer todo
lo que quiero".**

**Este colchagüino
penetra a mundos
visuales, olfativos,
táctiles, sonoros,
gustosos, para contar
desde sí y junto a
otros: "Mi familia es
de fabuladores y
viajeros".**

**Cristiano, recurre al
Evangelio según San
Mateo. Borra los
problemas gracias a
su "retaguardia
amorosa". Vive la
"felicidad crítica"
convertido en un
espíritu inconforme.
Sobrellevó el exilio
con recuerdos,
"último recurso al
que puede aferrarse
un ser humano".**

Por OLGA ARAYA
CESPEDES.

Foto: AFP/ALAMY/REUTERS

Miguel Littin [artículo] Olga Araya Céspedes.

Libros y documentos

AUTORÍA

Littin, Miguel, 1942-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1991

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Miguel Littin [artículo] Olga Araya Céspedes. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile